

A modo de presentación

Biotecnología y la política científica como vergüenza nacional

Pablo Rieznik

Instituto de investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires
rieznik2002@yahoo.com.ar

En el inicio de noviembre de 2014 se concretó la jornada llamada “BioArgentina”, organizada por la Cámara Argentina de Biotecnología. El evento tuvo lugar en la Sociedad Rural Argentina, con más de 900 participantes. Fue promocionado como un “encuentro virtuoso entre la ciencia y las empresas... una jornada destinada a la vinculación efectiva (sic) entre jóvenes investigadores y fondos de inversión”.

El acontecimiento central de BioArgentina fue una video conferencia ofrecida por el estadounidense Craig Venter. Se trata de un biólogo que se ha destacado por una acumulación multimillonaria de capital vinculada a su defensa de la privatización de los descubrimientos en biotecnología. Venter ascendió a la fama al fundar la compañía Celera Genomics que, sobre el final del siglo pasado, se consagró a descifrar el código genético humano (el genoma), y a buscar “patentarlo”... para su utilización comercial e industrial.

El asunto derivó en una suerte de escándalo planetario. El extremismo del hombre fue apuntado por quienes destacaron la barbarie que implicaba convertir a Venter (o a cualquier otro) en “propietario” de lo que entonces se llamó el “libro de la vida”; esto porque cada uno de nuestros aproximadamente 30.000 genes son la combinación de cuatro componentes químicos que constituirían sus “letras” y que se estructuran en una secuencia determinada. Uno de sus críticos más notorios fue el premio Nobel de Medicina John Sulston, quien denunció la incompatibilidad entre semejante pretensión (el patentamiento) y los beneficios posibles de la utilización de los descubrimientos de la ciencia en beneficio de la humanidad.

En los últimos años los avances en esta técnica de “secuenciación” han sido enormes y se han revelado “genomas” de diversas especies que pueden cumplir funciones clave en la productividad de la industria agropecuaria y del petróleo entre otras (en esta última por la producción de bacterias con genomas que colaboran en la degradación del combustible). Venter anunció inclusive la creación de vida “sintética” al introducir un genoma creado por computación en el núcleo de otra célula previamente vaciada del suyo original. El planteo ha sido cuestionado, entre otras cosas, porque los genes computados copian un ADN previamente almacenado en un computador.

Nadie discute, sin embargo, que en esta investigación de punta los descubrimientos por venir pueden tener un alcance revolucionario, permitiendo la creación de microorganismos aplicables en la creación de nuevos fármacos, en la fabricación de biocombustibles, en la ingeniería biológica de productos de la naturaleza que hace tiempo está en pleno desarrollo. En marzo pasado un grupo de investigadores norteamericanos y europeos acaban de anunciar la creación de un primer cromosoma que abriría la puerta a la creación de vida artificial.

En un artículo que acaba de publicar en el *New York Review of Books*, el biólogo Richard Lewontin remonta la historia de esta vieja fantasía humana de “crear vida” desde el mito del griego Pigmalión, cuya hermosa estatua femenina cobró vida, hasta el más reciente de Frankenstein. Lewontin plantea los dilemas de esta biotecnología que alcanza una cumbre de la ciencia mientras mueve millones de dólares, algo que puede terminar en catástrofe. Lo de Frankenstein tiene lo suyo: el bioterrorismo basado en estos experimentos podría ser espantoso. El asunto ya está en la agenda de la CIA y sus congéneres. Una experta en el tema planteó la posibilidad de una suerte de “plaguicidio” genocida en un artículo en la revista más prestigiada del mundo en materia de relaciones internacionales (Garret, 2013). Digamos de paso que Craig Venter comenzó su carrera en la Marina de los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam.

El asunto ya dio lugar a un “manifiesto” de científicos que recogió más de un centenar de adhesiones de organizaciones de todo el mundo en el que se reclama una inmediata “moratoria” de este tipo de investigaciones y se plantea una cantidad de salvaguardas y protocolos dirigidos a encuadrar esta rama capitalista del quehacer científico, convertido, como nunca en la historia, en fuente de una extraordinaria rentabilidad: se estima que el 2 por ciento de la economía norteamericana está vinculada a la ingeniería genética, que crece a una tasa del 12 por ciento anual. La crítica de Lewontin al citado “manifiesto” plantea que mientras esta realidad no se considere, las exhortaciones a un manejo democrático y bajo control público de la biotecnología no tendrán efectividad. Está en juego la propiedad privada de los medios de producción y de vida que en este caso se extiende de una manera muy brutal a la privatización de los metabolismos más vitales. Monopolio capitalista y ciencia son, en definitiva, incompatibles.

Naturalmente nada de esto se debatió en BioArgentina, montada por “fondos de inversión” y una cámara empresaria que integra a los grandes pulpos de la explotación del campo y el trabajo argentino, incluidas las grandes exportadoras, los “fugadores” de dólares y representantes más conspicuos del capital “concentrado”, los que han saqueado históricamente a la Argentina. No debería extrañar, claro, que en tal encuentro la estrella fuera Venter, invitado por los “buitres sojeros”, criollos y de los otros.

Lo que sí debería extrañar es quién abrió el encuentro: el Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Lino Barañao (en el predio sustraído de la Rural). Si es cierto que una imagen vale más que mil palabras, la que aquí retratamos con pala-

bras debería llamar la atención de quienes consideran que como nunca en la historia la política científica ha alcanzado con los Kirchner una cumbre inigualada. Mauricio Macri parece opinar lo mismo, porque cuando le preguntaron si mantendría en pie algo del actual gobierno, no vaciló en responder... la política científica.

El área del quehacer científico, en la zaga de lo peor del neoliberalismo, ha sido convertida en una rama de los negocios más aberrantes y entregada a las corporaciones privadas para la confiscación de una fabulosa renta monopólica. Mientras tanto, los jóvenes del Conicet, el organismo rector de la ciencia en la argentina, son expulsados en masa de la carrera de investigador científico porque no han logrado un “encuentro virtuoso” con los “fondos de inversión”.

¿No es notable, a la luz de lo que comentamos, el planteo de la propaganda oficial de que asistimos al “mejor momento de la ciencia en la Argentina”? Fue el título, además, de un muy destacado artículo del diario *Página/12* de un año atrás (22 de diciembre de 2013). Una nota que ahora mencionamos porque ese título reproducía las palabras de Alberto Kornblihtt, investigador considerado una eminencia en biología molecular y celular, miembro de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos y acreedor de un reconocimiento mundial por su labor profesional. Kornblihtt se refería, por supuesto, a la política del gobierno en la materia.

La fecha –finales de 2013– importa particularmente en este caso por un motivo muy concreto. En esos días la población de la Capital Federal era castigada con privaciones inauditas debido al colapso del sistema energético. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro tema? La respuesta nos parece sencilla: ¿cómo es posible que en el “mejor momento” de nuestra “ciencia”, el gobierno supuestamente responsable de semejante mérito histórico sometiera a la población a un desastre previsible y evitable que degrada la vida a los límites de la falta de lo más elemental (calor intolerable con cortes de energía prolongados, masivos, que hacían la vida imposible de miles y miles de personas sin luz, sin ventilación, sin ascensores, pudriéndose sus alimentos...)? Es algo que, por supuesto, está en las antípodas de cualquier ejercicio científico de la administración y más bien próximo al ejemplo de la barbarie irracional en el ejercicio del poder.

El caso del manejo de la energía como fuente de la vida y la producción social es de por sí relevante, pero solo un ejemplo de una larga lista en la cual los criterios propios de un diseño científico y los que orientan la política oficial se oponen por el vértice. Pero basta para mostrar que el rigor que aplica Kornblihtt en su trabajo como investigador, en la disciplina que le es propia, se transforma en lo contrario cuando se trata de analizar la conducta del gobierno.

Podría objetarse que la opinión del renombrado biólogo se limitaba al terreno más restringido de una observación sobre la línea oficial en materia de estímulo a la ciencia como actividad específica. Pero no sería esa una objeción legítima, porque Kornblihtt es un intelectual progresista, ha manifestado que considera a la ciencia como actividad indisoluble de su implicancia en la mejora de las condiciones de existencia de la sociedad y de las formas que deben regir la conducta de quienes dominan el gobierno de esa misma sociedad.

Pero, aun admitiendo que el juicio sobre la opinión del científico debiera limitarse a su elogio de la política particular de los Kirchner en el área de la ciencia, las cosas no cambian. El gobierno anunciaba, en los mismos días del reportaje que nos ocupa, que

dejaba afuera del Conicet, el mayor organismo de ciencia y técnica del país, a más de 500 investigadores. Desde 2010, en las últimas convocatorias, han quedado fuera del Conicet casi 5.000 profesionales con títulos de postgrado, algo que representa un 50% de los postulantes totales en el Conicet con doctorado aprobado.

La denuncia es del “Grupo de Gestión en Política Científica”. De su página web copiamos lo siguiente: “las políticas aplicadas [en Ciencia y Tecnología] en los últimos años han sido orientadas a apoyar al sector privado”, es decir, al negocio y no a la promoción del conocimiento y el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales (Grupo de Gestión, 2013). El “Grupo...” es enfático en criticar los beneficios millonarios a la industria farmacéutica y biotecnológica, mientras desde el Poder Ejecutivo se bloquea la emergencia de un plan nacional de producción de medicamentos, que reduciría drásticamente los costos, potenciaría recursos físicos y humanos ya existentes y beneficiaría enormemente a la población. Un ejemplo, además, que podría extenderse a diversas áreas de la labor propia en Ciencia y Tecnología.

En el “mejor momento de la ciencia”, el gobierno promovía la desocupación masiva de los recursos humanos más calificados, se orienta a promover el lucro con la excusa de promover la ciencia y carece de todo plan en la materia que tome en consideración las necesidades populares. No es casual que en esas mismas páginas, además, aparezcan las denuncias recurrentes de los “Jóvenes Científicos Precarizados”, una auténtica ‘creación’ de la política oficial en este terreno, dada la flexibilización laboral que se ha extendido al terreno de la Ciencia y Tecnología.

Habría que separar las condiciones de Kornblihtt como investigador de su evaluación política sobre la orientación gubernamental en la materia que, en absoluto, aparece confirmada por los hechos (en el reportaje Kornblihtt no aporta otros datos que desmientan los que aquí señalamos y se explaya, en cambio, en asuntos sobre su especialidad). Es la posición de la cúpula de la facultad en la cual desempeña su labor (Ciencias Exactas) y de otras casas de estudio de su universidad (UBA), que han abandonado algunos planteos “críticos” con los cuales coquetearon en el pasado. Así estamos.

Referencias

Garret, Laurie (2013) "Biology's Brave New World: The Promise and Perils of the Synbio Revolution", *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre

<http://www.foreignaffairs.com/articles/140156/laurie-garrett/biologys-brave-new-world>

Grupo de Gestión de Políticas de Estado en Ciencia y Tecnología (2013) "Ciencia / Tecnología / Burguesía Nacional", 30 de octubre

<http://grupogestionpoliticas.blogspot.com.ar/2013/10/ciencia-tecnologia-burguesia-nacional.html>